

E. MIRET MAGDA LENA

[A Iglesia debe preocuparse por el futuro de la religión en nuestro país. No puede hacerse ilusiones sobre la perduración de esa seguridad en que ha vivido el catolicismo entre nosotros, y, por tanto, es ficticio pensar que seguirá el tipo de religión que vivían los que eran católicos y componían la Iglesia.

Los obispos —como representantes visibles de nuestra Iglesia— son criticados por unos y por otros. Al final podemos decir que a nadie atraen por carta de más —eso no les gusta a los ultraconservadores— o por carta de menos —cosa que no agrada a los izquierdistas—.

Si interviene el clero en política, con su crítica de situaciones que creen injustas, en seguida los integristas de la derecha se rasgan las vestiduras o amenazan violentamente a los curas que están en esta línea. Si no lo hacen —o menos de lo que parecía justo—, el ala avanzada del catolicismo se siente frustrada en su condición de creyentes comprometidos. Y si, como es más frecuente, se adopta una línea intermedia y tibia, unos y otros ponen el grito en el cielo.

A esta hipersensibilidad eclesial se contraponen en grandes grupos un embotamiento de la sensibilidad a los acontecimientos de la Iglesia, que se observa en cierta masa más o menos católica, que ve todo esto en espectador. Muchos de ellos son la gente joven española, cada vez más escéptica de lo eclesial y de lo eclesial, que desearían otra cosa, pero no les atrae nada de lo que por la derecha o por la izquierda les presenta el clero español. Por eso, insensiblemente, van inclinándose hacia un cierto ateísmo práctico sin dejar de ser creyentes; o se dirigen con creciente interés hacia ciertas formas orientales de espiritualidad, llámense yoga o budismo zen, en las que lo mismo participa el alma que el cuerpo.

En medio de esta confusión, que se ha forjado en breves años (antes del Concilio Vaticano II no era éste nuestro panorama religioso), surgen figuras más o menos representativas que se sienten incómodas en cualquiera de estos grupos o modos de comportamiento respecto a la que es la religión española. No son ni guerrilleros de Cristo Rey, ni cristianos por el socialismo, ni adeptos del orientalismo, ni seguidores de pequeños grupos espiritualistas, ni, en el extremo contrario, tampoco ateos. Son agnósticos teóricos o prácticos, que se apartan de los esquemas que he indicado aquí. Pero a los agnósticos teóricos les ocurre algo importante, que otro día trataré más despacio: no encuentran su identidad como agnósticos, sino como contraposición a un tipo de catolicismo que apenas existe ya. Y esto es nuevo en nuestro país. Esa me parece la postura del librito del profesor Tierno Galván, recién publicado y con tanto cierto analizado por mi estimado amigo Fernando Savater, que se podrá opinar de la postura religiosa de este último lo que sea, pero hay que reconocer que adopta respecto a lo religioso una actitud ciertamente independiente y limpia de ser una pura reacción.

Lo que no cabe duda es que hemos llegado a un punto en que los análisis sobre la realidad religiosa española conducen a un notable hecho histórico: la teología que ha servido de apoyo reflexivo a nuestras actitudes católicas ha sido una teología política, que generalmente fue de derechas hasta ahora y hoy vira hacia la izquierda.

La meditación serena y reflexiva del libro Dios y la Ciudad, publicado por la renovada Ediciones Cristiandad, me lleva a esa conclusión, y en particular el último trabajo de Alvarez Bolado.

Hay que aclarar que la teología política —en su más pura versión actual— no es una teología de lo político (no es una especie de democracia cristiana intelectual), sino una reflexión que parte del constitutivo político del hombre. Se trata de una reflexión religioso-crítica del ser de carne y hueso que somos nosotros, no de un ser abstracto y evadido de las responsabilidades del mundo y de la sociedad. Es la consideración religiosa del hombre concreto, dándose cuenta del imprescindible y decisivo aspecto social del ser humano. Pero pudiendo hacer una teología política del nacional-catolicismo o del marxismo. Ayer fue aquella la que predominó, hoy —aunque minoritariamente— empieza esta última en nuestra nación.

DIOS Y LA CIUDAD

Este libro, que aquí comento, sobre Dios y la Ciudad recoge los trabajos, que en su día analicé, de los teólogos católicos Rahner y Metz y del protestante Moltmann, así como el del padre Alvarez Bolado sobre el título genérico del libro, y un epílogo del mismo que llama Teología política en España y que merecería un análisis detallado en otra ocasión.

La obra se presentó en el Instituto Alemán de Cultura, en el mismo lugar donde se celebró el ciclo de conferencias origen del libro. No estábamos mucha gente, pero los presentadores —el teólogo González Faus y el escritor Pedro Altares— estuvieron agudos y sugerentes, lo mismo que el público, y también el jesuita Alvarez Bolado, que a todos contestó. Una extraña e inteligente coincidencia, bien poco frecuente en estas ocasiones y que me ha dado pie a reflexión, cosa rara que ocurra hoy como producto de reuniones católicas, siempre ambiguas y de un interés ficticio por lo regular.

Plantearé en otros artículos algunas preguntas vivas, propias del momento, que allí surgieron. Bastante más importantes que el decado anecdótico usual en nuestra Iglesia española, y en no pequeña parte de la

Iglesia toda. Yo cada vez estoy menos interesado en los pequeños, demasiado pequeños y carentes de perspectiva, acontecimientos de la Iglesia y de los católicos, al menos los que se suelen reseñar en los periódicos y revistas españoles. Y creo que esto que me pasa a mí, le ocurre a la gran mayoría de los lectores españoles, que crecientemente pasan —sean o no religiosos— como sobre ascuas por este noticiario religioso, sin apenas variedad, que —pienso que por rutina más que por otra cosa— sigue llenando demasiados espacios de nuestros diarios y semanarios.

Criticaba González Faus el optimismo eclesiológico general que respira el libro todo (y yo añadiría que lo suele tener en general la postura de los católicos de cualquier orientación). A pesar del diálogo —todavía superficial en mi opinión— que el cristianismo ha emprendido desde hace unos años con el mundo, los esquemas religiosos de este diálogo no dejan de tener dos características reales —aunque de modo sutil y latente—: la superioridad y el triunfalismo. Nos cuesta trabajo estar a plano de igualdad con los demás hombres, casi siempre nos creemos superiores; y sin falta esperamos un resurgir —más o menos espectacular— de una Iglesia renovada, que probablemente sería de izquierdas o de centro-izquierda en el porvenir iluso que vislumbramos.

Pedro Altares tuvo una observación no por irónica menos honda: pidió una mayor profundidad y homogeneidad a la base teológica de la formación religiosa de obispos y gobernadores. Aquellos se van acercando a las nuevas corrientes de la Iglesia, sobre todo conciliares más que posconciliares; estos otros, dijo que, en su opinión, eran frecuentemente deudores y seguidores de teologías anteriores al Vaticano II y aún de Trento en alguna ocasión.

Fernando Urbina preguntó por el vasto y hondo surgimiento del mal como una explosión mundial en el siglo XX: ¿qué tiene que decir sobre ello la teología, que se mantiene todavía en una actitud demasiado triunfalista? Se habla del satanismo hasta en revistas de teología, cosa propia de pobres dementes; pero no se habla de lo que se llama "lo demoníaco" en el mundo y la sociedad, como es por ejemplo la escalada de la agresividad, de la competencia inhumana, de las guerras, de la coacción y de la violencia.

Dejo para otro día la profunda cuestión acerca de la posible muerte de la Iglesia, suscitada por Luis Arenal, que merece una detenida y cuidadosa atención.

En una palabra: mi decidido ánimo se espinó al escuchar algo de inteligencia en un ambiente relacionado con la Iglesia, y creo que por este camino se puede conseguir una renovación del interés por lo religioso en España, aunque sea en minorías. Pero hace falta reflexión con independencia y valentía para no ocultar los problemas, sino enfrentarlos con claridad y sin prejuicios. Lo que no puede ser es caer en un anecdótico progresista superficial y de cortos alcances, como es tan frecuente entre nosotros.